

LA MANZANA DAÑADA

Por
Alejandro Carrión

Me levanté aquella mañana con la cabeza pesada y dolorida. Mamá tuvo bastante trabajo para despertarme y solamente lo consiguió recordándome que debía levantarme rápidamente, pues tenía que comulgar esa mañana.

En efecto, el día anterior hubo en la escuela confesión general. El viejo Padre Miguel, picado de viruelas bonachón y cariñoso, fue despachando pacientemente la larga fila de cuatrocientos muchachos. Nos acariciaba y aconsejaba en voz muy alta. De vez en cuando gritaba:

- Só sucio!

Al terminar la confesión resultaba que todos nos sabíamos, mutuamente, nuestros pecados.

Ese día iba a realizarse la gran comunión anual, por ser el dedicado a San Juan Bautista de la Salle, el patrón de la escuela. Los Hermanos, en clase, nos explicaron las virtudes del santo varón y el bien que había hecho a la humanidad al fundar su asociación de maestros. Nosotros, los inmediatamente beneficiados, debíamos darle ese día la máxima demostración de gratitud: comulgar, recibir en nuestros corazones la Sagrada Forma, pedirle al Dios Todopoderoso, tan pronto como penetrara en nosotros, la prosperidad de la escuela y de los Hermanitos. Y así íbamos a hacerlo. Le conté al viejo Padre todo lo malo que había hecho últimamente: algunos arrebatos de ira, uno que otro pequeño robo a mamá, generalmente de algo de comer, uno que otro acto de mala educación con los papás, los abuelitos o el Querido Hermanito.

El Padre sonrió, me dio la penitencia de rezar las tres avemarías y, después de tirarme suavemente una oreja, me bendijo.

Cuando llegué a la casa hice todo lo posible para ser bueno y lo conseguí. Para ello, no vi a mi hermanito, de tres años, que se pasaba rabiando todo el día, ni a mi hermanita, de dos, que gritaba sin cesar. Comí, saludé a mis papás, me lavé la boca y me fui a acostar. Antes de dormirme, repasé mis lecciones. Esto no lo hacía nunca, pero era aquel un día de excepción, un día que solamente se lograba una vez cada año. Casi siempre daba mala lección, si bien al final de mes me aplicaba a estudiar, para que en la visita del Hermano Director me fuera concedida la calificación "OPTIMA". Por lo demás, nunca fui codicioso de las glorias escolares y por ello, cuando tenía ganadas más de cien notas, traficaba con el excedente, cambiándolas con bolas o con frutas. Y si alguna vez me dedicaba a estudiar con ahínco, no era porque se me señalara como buen alumno, ni por adquirir útiles conocimientos, no por hacer felices, con mis brillantes notas, a papá y mamá. No. Era para tener bastantes notas y poder adquirir, con su

tráfico ilegal, bolas, trompos, naranjas, y trozos de cintas cinematográficas viejas, que eran entonces mi locura: las miraba largamente con un pequeño lente enmarcado en hojalata azul, que lo adquirí por el sistema ya explicado, al precio inconmensurable de mil quinientas notas. Para hacerlo, estudié durante un mes como un demonio y cuando las hube reunido se las di al feliz poseedor del mágico artificio. Entonces, ante la manifiesta sorpresa de la clase entera, obtuvo él la medalla al mérito ese mes. Digo ante la sorpresa de la clase entera, incluido el Querido Hermanito, porque a todos constaba que yo di las mejores lecciones y que él estuvo, como siempre, ocioso. Todos esperaban ni triunfo. Bien. Después de estudiar algo, saqué mi devocionario y me puse a canturrear las canciones religiosas que había en las últimas páginas, que me gustaban mucho y que las juzgaba apropiadas para el momento, porque sabía que también eran oraciones:

Dulce Jesús mío,
dulce cual la miel...

Bueno. Nosotros, al cantarlo en la escuela, decíamos: “dulce cuadra mil”. Pero en esta ocasión lo dije correctamente. No hacerlo así hubiera sido un pecado, un grave pecado. Pensé: “qué bonito fuera poder decir dulce cuadra miel”, pero no lo dije. Para evitar equivocaciones leí en voz muy alta el texto auténtico, que tanto agradaba a Dios Nuestro Señor. Después resé las tres avemarías, la salve y el padre nuestro. Me persigné y me dormí. No me desperté en toda la noche y, a la mañana siguiente, a las seis, mamá tuvo trabajo hasta que yo abriera los ojos. Me vestí apresuradamente, mamá me peinó, haciéndome doler mucho el pelo, porque, de tanta prisa que tenía, no podía desenmarañármelo con la cuidadosa suavidad con que lo hacía de ordinario. Luego me dio un real para que comprase un par y lo comiese después de la comunión, antes de que llegara la criada con el café. Me puse el abrigo y salí, en carrera, hacia la escuela. Debo aclarar que yo era el único muchacho en ella que tenía abrigo. En mi ciudad se creía firmemente que, tanto los abrigos como los cubiertos en la mesa, eran sólo para las personas mayores. Así que, por mucho frío que hiciera -y que generalmente hacía- y por mucho dinero que tuvieran los padres del muchacho, éste nunca usaba abrigo (ni comía en la mesa con tenedor y cuchillo). Si lo ponía -en el caso del paréntesis- simplemente una cuchara. Pero papá, que había sido diputado y era un hombre muy culto, carecía de esos prejuicios y me mandó a hacer un abrigo gris, de casimir inglés, largo hasta abajo de la rodilla, forrado de brillante satín a rayas; y ordenó, con la consiguiente resistencia de las mujeres de mi casa, que se colocasen en la mesa, junto a mi plato, además de la cuchara, un tenedor y un cuchillo. Yo era muy popular en la escuela a causa de mi abrigo, al que los muchachos le llamaban capote. A mí, naturalmente me decían “el encapotado”. Además, me tiraban de los faldones o me empujaban contra la pared, par que me manchase de yeso. Y yo tenía que irme a los puñetes con ellos y, como nunca he sido fuerte, regresaba a casa con la boca hinchada, grandota y amoratada. Y entre los muchachos se contaba al día siguiente:

- El ñato Barrezueta le hinchó la trompa ayer al encapotado...

En el fondo de mi ser deseaba cordialmente no tener ese abrigo, perderlo, destruirlo, aun cuando tuviese que ir a la escuela tiritando como los demás muchachos. Porque a mí nunca me ha gustado llevar aquellos; que hace a un individuo distinguirse del montón de las gentes. Pero mis papás se oponían a que yo saliera sin el abrigo, y cuando lograba salir dejándolo olvidado, tan pronto como se apercebían de ello, me hacían dar alcance con un criado que iba tras de mí llamándome a grandes voces para que me pusiera la detestable prenda. Mas como era aquella la mañana de la comunión general y yo tenía que ser bueno, me lo puse resignadamente y sin protestar y salí corriendo para no llegar tarde a la capilla. Lejos estaba yo de pensar que había comenzado el día más negro de mi vida. El día cuyo recuerdo, por mucho tiempo, me causaría los más crueles tormentos. Y pensar que todo pasó por este maldito deseo de comer que siempre he tenido. No es propiamente hambre, no, sino una capacidad extraordinaria del estómago para recibirlo todo, en cualquier cantidad; y, a la vez, un irresistible deseo de comerme toda cosa de comer que, por un motivo u otro, se encuentre a mi alcance. Esto me ha traído siempre muchos sufrimientos. De muchacho esto me sucedía solamente en la calle y en la escuela, pues en mi casa, por llevarle la contraria a mamá, me negaba terminantemente a comer, hasta el punto de que me levantaba de la mesa, en fuga, y tenían que hacerme seguir por una criada que llevaba el plato de comida y que trataba de que me alimentara de un modo extrañamente persuasivo:

- Una cuchara por la mamita.
- Una cucharada por el Niño Diosito.
- Una cucharada por la abuelita...

Esta era otra cosa de las razones por las cuales mamá sostenía que era innecesario el que se me pusiera cubierto a la mesa. “Para lo que come, con la cuchara basta”, afirmaba. Y era la pura verdad. En cambio, cuando salía a la calle sentía un hambre terrible y me comía todas las cosas de comer que podía conseguir. Esta fue la razón de que una vez me encontraran los Queridos Hermanitos robando duraznos en su huerto; esta la razón de que estudiara tanto, para poder ganar notas y cambiarlas con pésimas frutas agridulces y esta la razón de que el día del Santo de la Salle, el de la comunión general, fuera el más triste de mi vida.

Una llovizna fría, hecha de agujas, nos azotaba el rostro. Muchos niños corrían por la calle, porque ya estaba cercana la hora de entrar a la capilla. Yo también corría, con la talega de libros cruzada por el pecho golpeándome la rodilla derecha. Una gorrita azul con visera de celuloide, me cubría la cabeza y mi mano derecha, metida en el bolsillo del abrigo, estrujaba el rosario, mi hermoso rosario de grandes cuentas de hueso labradas, con su gran cruz blanca, en cuyo crucero había una lentecilla casi microscópica por la que se podía mirar, cerrando un ojo, la plaza de San Pedro del Vaticano. La llovizna me azotaba la cara haciendo que creciera lentamente mi dolor de cabeza. Sentía, además, un urgente deseo de beber algo caliente y estaba contento porque ese día, recién comulgado, iba a beber todo el café que me trajese la criada, ya que no debía hacer sufrir a mamá devolviendo casi toda la leche y la mitad del pan, como los otros días, aun cuando

estuviese medio muerto de hambre. Al llegar a la casa del sastre Romero, el mejor de mi ciudad, donde me hacía la ropa pagando veinte sucres la hechura, lo que constituía un lujo extraordinario porque ningún papá pagaba tanto por las ropas de sus hijos, a excepción del mío, al que siempre le gustó verme bien vestido, me acerqué a la tienda de la Balbina Zaragocín, antigua criada de mi abuela, que vendía pan, galletas, patas de santo, quesadillas, carmelitas, arepas y otras golosinas. La buena mujer, que era coja y caminaba como una rana grande, me quería mucho, y, al comprarle el real de pan, me obsequió una marqueta grande de “caca de perro”, que, acaso, era el dulce que más me gustaba. Después, entré a la escuela, con la deliciosa golosina en el bolsillo y, dejando gorra, abrigo y talega en la clase, salí formado en rango de a dos, hacia la capilla.

Ya en ella, nos arrodillamos y, cuando estuvimos persignados, comenzó a hacernos rezar en alta voz el Querido Hermanito. Todos los de las clases inferiores -y yo solamente estaba en la cuarta- nos arrodillábamos en el suelo, que era de tabla, muy duro y que nos hacía doler bastante las rodillas. Los de la primera y los de la superior, en cambio, se arrodillaban en reclinatorios de madera amarilla, charolada y brillante, acolchados y cómodos, con una banca para sentarse mientras el padre predicaba. Yo me arrodillaba siempre sobre mi pañuelo, que cada día mamá metía en mi bolsillo, bien planchado, limpio, inmaculado, y yo lo utilizaba para arrodillarme porque así lo había visto hacer a mi abuelo cuando iba a misa y porque me desagradaba la idea de ensuciar mis medias, mis lindas medias negras de lana, altas hasta la mitad del muslo. En esto de poner el pañuelo en el piso y de arrodillarme en él era también el único en la escuela -pese al deseo de no distinguirme de los demás- porque los otros no dejaban sus gorras en la clase, sino que las llevaban a la capilla para arrodillarse sobre ellas. Algunos llevaban también sus talegas y se arrodillaban sobre el montón de libros.

Y allí, arrodillado sobre mi pañuelo de lino, inmaculado y puro, mientras rezábamos y elevábamos un cántico al Señor, fue que preparé y cometí, contra El y contra mí mismo, el crimen más grande que en el curso de su vida puede cometer un hombre.

La misa era cantada, de las de a tres padres, con muchos solideos, roquetes y sotanas. La ayudaban más de diez monaguillos, vestidos de rojo y blanco y había algunos diáconos con aquellas casullas provistas de mangas abiertas hasta el codo, que parecen grandes camisas de dormir sin coser por los lados y que los entendidos en guardarropía religiosa llaman dalmáticas. La capilla estaba llena del suave y penetrante humo del incienso, que a mí siempre me ha gustado aspirar y que esa mañana me producía un dulce mareo, porque estaba en ayunas. Bien. Lo malo era que había guardado en el bolsillo de mi saco el pan de a real que compré donde la Balbina y el exquisito dulce de la “caca de perro” que ella me regaló. Estaba cerca ya el momento de recibir a Nuestro Señor, el momento en que se entornan los ojos y se juntan las manos sobre el pecho. Sobre esto os debo también una explicación: todos acostumbraban a juntar las manos por el lado de las palmas, hacia adelante, apoyándolas en el pecho por el lado de las muñecas. Yo utilizaba otro sistema que me parecía mucho más eficaz y más del agrado de Dios en esos momentos sacrosantos: las cruzaba sobre el pecho, de manera que formasen una equis y,

con la palmas vueltas contra el cuerpo, me tocara los hombros con las puntas de los dedos. Este sistema lo había aprendido de las estampas sagradas y por ellas sabía que era el que estaba en boga entre los ángeles y santos. Bien. Como les iba relatando, se acercaba ya el momento de recibir la Sagrada Forma y era natural mi deseo de pensar en Dios y en lo bueno que era el poder, gracias a su infinita humildad y misericordia, tenerlo dentro de mí, aunque sea algunos instantes (pues El permanece dentro del vil barro del hombre mientras duran las especies materiales de la Sagrada Forma: luego, solamente queda en el alma purificada por la Eucaristía la divina claridad de la gracia). Quería pensar también en lo que iba a pedirle tan pronto como lo tuviese dentro de mi boca, en el momento de cruzar las manos sobre el pecho, pues ya de antemano había resuelto traicionar a los Queridos Hermanitos, pidiéndole, no la dicha de ellos, como nos lo había ordenado oportunamente, sino algo bueno para papá, mamá, yo o mis hermanitos. No era la primera vez que les hiciera esa jugada a los Queridos Hermanos. Era de ordenanza en la escuela que cuando se comulgara, solamente se podría pedir gracias para los Queridos Hermanitos. Y yo, siempre que comulgaba, los dejaba a un lado, completamente a un lado, y le pedía a mi Dios su bondadosa mirada para mí y los míos. Pero en ese día negro, por más esfuerzos que hacía, no me era dado llevar mi atención a tan altos fines: siempre, en forma tal que en ella estaba patente la mano del Maligno, con tenacidad sin ejemplo, que casi me hacía llorar, se volvía mi pensamiento al pan y a la marqueta de “caca de perro” que reposaban al fondo de mi bolsillo. Un rato en el que fue más dura mi lucha por elevar mis pensamientos, me sorprendí con un dulce granito de la “caca de perro” en mi boca. Me volví muy asustado a mirar en mi alrededor, para constatar si alguno de mis compañeros había presenciado la execrable acción: afortunadamente - afortunadamente?- nadie había reparado en ella. Quise arrojar el granito pero me acordé de que bastaba el hecho de ponerlo en la boca para que desapareciese el estado de ayuno indispensable para recibir la Sagrada Comunión. Entonces, lo mastiqué con gran cuidado, me lo tragué y, con mucho disimulo, fue desgranando toda la exquisita marqueta de maíz con azúcar y comiéndomela. Porque, claro, lo mismo estaba roto el ayuno con el primer granito que con toda la marqueta...

De pronto, una gran ansiedad me invadió y comprendí que había hecho algo terrible. Los de la clase superior se habían ya levantado y se acercaban al comulgatorio. Y, tras ellos, poco a poco, se iban levantando los de las demás clases y el Padre celebrante, asistido por los diáconos y rodeado de monaguillos que cantaban y agitaban los incensarios, mientras toda la iglesia brillaba de luces y se estremecía de mística emoción, iba dando la Santa Comunión a los muchachos arrodillados que, después de recibirla, juntaban las manos sobre el pecho -el momento más grande la vida!- y regresaban devotamente a sus sitios, donde, arrodillados, baja la cabeza y las manos juntas, permanecían en oración el resto de la misa. El turno de mi clase se acercaba inexorablemente y cuando llegara, todos, muy recogidos, se pondrían de pie e irían hasta el comulgatorio. Y solamente yo, sólo yo!, me quedaría sin ir, porque estaba fuera de la gracia, porque no había conservado el ayuno y, por lo tanto, no podía recibir al Santísimo Sacramento del Altar. En ese momento horrible de mi existencia, sentí que un sudor frío me empapaba la frente, que las piernas se me aflojaban y me dio un gran deseo de echar a correr, llorando a gritos, para no volver más, nunca más, a la escuela. Sí, en ese día grande, yo sería el único muchacho que no recibiría la Santa Comunión. Yo! Y llegaría el momento terrible en que me

quedaría solo, arrodillado en la iglesia vacía, cuando todos mis compañeros, de hinojos ante el comulgatorio, recibiesen la Santa Eucaristía. Y con justicia, me señalarían con el dedo, diciendo:

- El encapotado pecó anoche... por eso no ha comulgado.

Y se harían conjeturas sobre qué clase de pecado yo habría cometido.

Y todas las conversaciones girarían sobre el asunto, tomaría cartas en él el Carísimo Hermano Director, quien se dirigiría a mis padres, en un oficio, comunicándoselo. Sería una vergüenza horrible, no sólo para mí, sino para toda mi familia, porque los muchachos lo contarían en sus casas y luego lo sabría toda la ciudad. Las mamás de los otros niños les prohibirán el juntarse conmigo y en todas partes se me señalaría con el dedo, como un niño malo, pervertido, capaz de cometer todas las infamias. Y se me expulsaría de la escuela, pues yo sería una manzana dañada y cuando hay una manzana dañada en medio de las buenas, hay que echarla para que las otras no se contaminen. Y mamita lloraría sin consuelo, porque su hijo, su hijito, el primero, estaría condenado. Y, sí, seguramente, así sucedería, en mi casa se tendría tanta ira y vergüenza, que me botarían de ella, pues no querrían más tener al muchacho que era una manzana dañada y que podría dañar al hermanito. Si, también en mi casa yo sería una manzana dañada.

Pero sin estar en ayunas, yo no podía ir a recibir a Nuestro Señor. Sería ello el más horrible de los sacrilegios, peor que matar a un hombre, y si yo lo cometa únicamente por respeto humano, sería el peor de los crímenes, el que ya no lo perdona ni la infinita misericordia de El. Y yo me iría de que me expulsaran de la escuela y me botaran de la casa y me quedara sin familia ni amigos, habría sufrido todo esto por Nuestro Divino Salvador, por amor a El, despreciando el respeto humano y, aun cuando por ello se me considerara una manzana dañada, iría con toda seguridad al cielo el día de mi muerte. Si, el día de mi muerte, pero hasta entonces me pasaría la vida llorando. Y yo no tenía fuerzas para eso: yo nunca sería un santo. Embebido en estos pensamientos no me había dado cuenta de que el momento fatal ya había llegado: me encontraba solo, todos mis compañeros marchaban ya por el centro de la capilla, hacia el comulgatorio. Yo me había quedado, palidísimo, arrodillado en medio de la iglesia y todos me miraba. En el ojo que me fijaba el Querido Hermanito de mi clase había una chispa de fuego, maligna, penetrante. No pude más, y cerrando los ojos, tambaleándome como un borracho, me levanté y cruzando las manos sobre el pecho -sí, así era Judas Izcariote, así mismo-, mientras me repetía en voz baja que era un monstruo, que iba a matar a Dios, que iba a matarlo, me acerqué al comulgatorio, doblé mis débiles rodillas, y Lo recibí en mi boca impura. Cuando penetró en ella sentí que estaba seca, seca, como si estuviera con fiebre y que la hostia se me pegaba fuertemente al paladar. Traté de despegarla con la lengua y no pude. El sudor frío era cada vez más abundante, más acuoso en mi frente, y, de pronto, se me tendió una nube negra, negra, sobre los ojos...

Cuando desperté en mi casa, mamá me abrazaba y la abuelita y las tías estaban sentadas a los pies de la cama. Me habían llevado desde la iglesia en automóvil. Me daban de

tomar una taza de caldo y mamá decía que yo era muy débil para resistir en ayunas las misas cantadas. Yo nada dije y solamente, abrazándome a ella con mis pequeñas fuerzas de niño desvalido, me puse a sollozar. Nadie sabría nunca mi terrible secreto, el atroz sacrilegio que esa mañana, solamente por respeto humano, había cometido. Nadie, nadie. Lo guardaría dentro de mí, dentro de mi pecho sucio, donde ya no volvería a reinar Nuestro Señor, y los remordimientos me irían matando poco a poco. El momento de morir, el diablo llegaría a tirarme la lengua.

Con esta visión soñaba casi todas las noches. Tenía fiebre con frecuencia y papá me sacó de la escuela. Me puse flaco y entonces me llevaron a la hacienda de papá, que era de clima frío, a darme leche de burra y aceite de hígado de bacalao, porque el médico dio a comprender la posibilidad de que yo estuviera tísico. Pero no era eso, yo bien lo sabía. Era el terrible peso de mi secreto. Era el castigo de Dios por no haber tenido fuerzas suficientes para vencer el respeto humano. Viendo que no mejoraba, mis papás me volvieron a llevar a Loja. Ya en la ciudad, yo le pedí a mamá que me llevara a confesar. Ella lloró mucho, temiendo que ese pedido mío fuera un presentimiento de la muerte cercana, y me llevó a la iglesia de San Francisco, donde fui bautizado. Allí estaba el buen Padre Miguel y fue con él con quien me confesé. Me sudaba la cara y las palabras se me pagaban al paladar, como la terrible hostia del día negro en que cometí mi pecado. Al fin, viendo la bonachona cara del buen fraile, que me sonreía y sintiendo en mi cabeza la caricia de sus manos suaves, hinchadas ya de la enfermedad que poco después iba a matarlo, me resolví y, de un golpe, le dije:

-Acúsome, Padre, de haber cometido un sacrilegio...

Esperé, resignadamente, que me maldijera. El quiso saber cómo había sucedido aquello, todos los detalles. Y cuando oyó lo de la caca de perro, el buen viejo rió a más no poder y, acariciándome como si hubiese sido, en realidad, un padre, me bendijo. Me dio de penitencia las tres avemarías de costumbre y me aconsejó que no fuera tan nervioso. Después supe que a mamá le había dicho que los Hermanos eran unos exagerados y que nos llenaban de miedos la cabeza. Ya pude dormir con tranquilidad desde ese día. Papá me secó definitivamente de la escuela porque dijo que los Hermanos eran unos tíos bárbaros, que solamente servían para aterrorizar y atormentar a los niños y que si yo seguía allí, eran capaces de matarme o de volverme loco. Pero desde que me confesé ya no tuve sueños terribles y, poco a poco, volví a tener apetito y alegría. Mis abuelos me llevaron a la gran hacienda de caña de azúcar que, por ese tiempo, dos años antes de la gran quiebra que nos hundió en la miseria, aun conservaba. Yo fui muy feliz. Tres años más tarde ingresé al Colegio Nacional, a hacerme bachiller, y desde entonces hasta este día, en que os cuento esta historia, no me he vuelto a confesar...

Quito, 1934

